



El miedo y la memoria en *El ruido de las cosas al caer* de Juan Gabriel Vásquez

Fear and memory in *El ruido de las cosas al caer* by Juan Gabriel Vásquez

MARÍA VICTORIA ALBORNOZ VÁSQUEZ
SAINT LOUIS UNIVERSITY

Resumen: En este artículo me propongo analizar dos temas centrales de la novela de Juan Gabriel Vásquez, *El ruido de las cosas al caer*, el miedo y la memoria. La novela de Vásquez nos acerca a la violencia que asoló a Colombia durante los últimos años de la década de los ochenta y comienzos de los noventa, no a partir de sus protagonistas históricos, sino a partir de personajes anónimos y representativos de toda una generación que se vio afectada por estos hechos. Mostraré cómo el miedo (su presencia, su ausencia) se constituye en uno de los principales vínculos entre los personajes, y cómo la reflexión sobre la memoria rebasa el plano individual e intenta dar respuesta a muchas de las preguntas sobre Colombia, como país y como sociedad, que aún siguen vigentes.

Palabras clave: Colombia, violencia, narcotráfico, memoria, miedo

Abstract: In this essay I will analyze two central topics on the novel by Juan Gabriel Vásquez: *El ruido de las cosas al caer*, fear and memory. Vasquez's novel offers the readers a glimpse of the violence that hit Colombia during the last years of the 1980's and the beginnings of the 1990's. We don't see these years through it's historical figures, but through the eyes of anonymous characters which represent a whole generation that was affected for this violence. I will show how fear (it's presence, it's absence) is one of the most important links between the characters of the novel, and how the reflection on memory go beyond the individual and is an attempt to answer some open questions about Colombia as a society and as a country.

Key words: Colombia, violence, drug trafficking, memory, miedo



En Colombia es normal referirse a la época de finales de los 80 y comienzos de los 90 como “los años del terrorismo”. Fue entonces cuando Pablo Escobar Gaviria, máximo jefe del Cartel de Medellín, declaró su particular guerra a muerte contra el gobierno y la sociedad al entrar en vigor el Tratado de Extradición entre Colombia y los Estados Unidos. Son numerosas las novelas colombianas en las que se refleja la turbulencia de estos años, muchas de ellas enmarcadas dentro del llamado género de la *narconarrativa* o *narcoficción* (término bajo el cual se agrupan novelas o relatos en los que aparece reflejado el fenómeno narco y la lucha contra las drogas), o dentro de lo que sería un subgénero de este, la *sicaresca*, término que se usa para referirse en particular a la literatura en la que los sicarios adquieren un lugar protagónico¹. Algunas de las novelas más conocidas de este tipo son *La virgen de los sicarios* (1994) de Fernando Vallejo, *Leopardo al Sol* (1993) y *Delirio* (2004) de Laura Restrepo, *Rosario tijeras* (1999) de Jorge Franco, *El Eskimal y la mariposa* de Nahum Montt (2004), *Sin tetas no hay paraíso* (2006) de Gustavo Bolívar y *Happy Birthday, Capo* (2008) de José Libardo Porras, entre muchas otras.

El ruido de las cosas al caer (2011) de Juan Gabriel Vásquez es un libro en el que se explora y se recrean algunos de los acontecimientos más importantes de esta época sangrienta cuyas heridas, a día de hoy, continúan abiertas. Sin embargo, a diferencia de gran parte del corpus de novelas mencionado, este texto elude lo que ya es un *leitmotiv* de la narrativa colombiana de los últimos tiempos: la figura del capo o del sicario. En cambio, propone una reflexión desde los márgenes, desde la perspectiva de unos personajes afectados por la violencia generada por el enfrentamiento entre los carteles y el gobierno, pero que no llegan a ser los protagonistas directos de la misma. En estas páginas me propongo analizar la importancia de dos temas centrales en la

¹ Prueba del enorme interés que despierta este género entre la crítica es la publicación del volumen *Narcoficciones en México y Colombia* (2016), que recoge numerosos artículos que reflexionan sobre la importancia y las nuevas perspectivas de la narcoficción en estos dos países de Hispanoamérica.



novela de Vásquez: el miedo y la memoria, no solo en su dimensión individual, sino también en la colectiva².

Juan Gabriel Vásquez, nacido en Bogotá en 1973, es considerado una de las voces más valoradas e innovadoras de su generación (De Maeseneer, 2013: 209). *El ruido de las cosas al caer*, su cuarta novela, galardonada con el Premio Alfaguara 2011, ha tenido una buena acogida por parte del público y de la crítica³. Es una novela con una estructura compleja dictada por los devenires de la memoria de un hombre traumatizado. Antonio Yammara, el protagonista y narrador de esta historia, intenta entender su propio presente a partir de las claves que se ocultan en su pasado: “Nadie sabe por qué es necesario recordar nada”, dice el narrador, “qué beneficios nos trae o qué posibles castigos, ni de qué manera puede cambiar lo vivido cuando lo recordamos, pero recordar bien a Laverde se ha convertido para mí en un asunto de urgencia” (Vásquez, 2011: 15). Recordar es para él un recurso doloroso, pero al mismo tiempo urgente y necesario, para comprender el presente. En este sentido, comparte con otras novelas de Vásquez la preocupación por la memoria y la indagación en los efectos que tiene el pasado sobre el presente individual y colectivo del país. Al referirse al papel protagónico de la memoria en sus novelas, Vásquez afirma:

[h]ay una obsesión que me va a acompañar siempre: la obsesión por la memoria, por el hecho de recordar. Si Colombia es un país desmemoriado, muchas veces se debe a que su presente es tan urgente que no nos da tiempo de concentrarnos en comprender el pasado. La urgencia del nuevo problema social, del nuevo escándalo político, de la nueva crisis, tiene como consecuencia eliminar el espacio de atención que necesitamos para fijarnos en el pasado, donde están las claves de lo que pasa ahora [...]. Siempre he sentido que recordar es un acto moral. La novela como género me interesa sobre todo por lo que tiene de resistencia contra el olvido (2011: 210).

² Otros estudios destacables sobre esta novela han abordado aspectos como la intertextualidad (Gac-Artigas, 2015), los objetos simbólicos de la novela y su conexión con la poesía (González, 2016), la violencia política y social (Pérez Sepúlveda, 2013) y el distanciamiento de *El ruido de las cosas al caer: de la estética de la narconovela* (Fernández Luna, 2013).

³ Entre lo más destacable de la obra de Juan Gabriel Vásquez podemos mencionar el libro de cuentos *Los amantes de todos los santos* (2001) y las novelas *Los informantes* (2004), *Las reputaciones* (2013) y *La forma de las ruinas* (2015).



En la trama aparecen al trasluz los hechos violentos de los años en los que la sociedad sufrió el peor coletazo del narcotráfico, es decir, entre 1984 y 1993, cuando fueron asesinados respectivamente el ministro de Justicia Rodrigo Lara Bonilla y el conocido narcotraficante Pablo Escobar. Sin ser los protagonistas directos de la novela, como he mencionado, los acontecimientos violentos que se desataron durante esta década son determinantes en las vidas de los personajes. Si bien la violencia aparece como un ruido de fondo o como acompañante de la trama, al llegar a las últimas páginas entendemos que, a pesar de no estar en el centro, es lo que realmente cuenta. Al preguntársele por esta mirada al sesgo sobre la violencia del país, Vásquez respondió que estaba conectada con lo que él consideraba un legado importante de Gabriel García Márquez. Gabo, dijo, “nos enseñó que para hablar de violencia desde la novela, uno de los primeros mandamientos es no hablar de ella directamente: la literatura entra siempre por una puerta lateral, tiene una mirada sesgada que distorsiona la realidad, que no nos entrega lo que ya podemos encontrar en los noticieros de televisión o en los periódicos” (De Maeseneer, 2013: 212).

La novela comienza con un acontecimiento que, en el año 2009, alcanzó una amplia difusión en los medios colombianos de comunicación: la cacería y la muerte de un hipopótamo macho, prófugo de la legendaria Hacienda Nápoles de Pablo Escobar. En sus años de esplendor, el famoso narco había construido allí un zoológico, abierto al público, con animales traídos principalmente de los Estados Unidos, Brasil y de la selva amazónica. Sobre el portón de entrada reposaba la avioneta con la que, según la leyenda, el capo había coronado su primer vuelo de coca en los EE.UU. Tras la persecución y posterior muerte de Escobar, muchos animales fueron reubicados en diferentes zoológicos del país, pero los hipopótamos, tres hembras y un macho, permanecieron allí, reproduciéndose hasta llegar a sumar más de sesenta que, hasta el día de hoy, siguen viviendo en la hacienda y en sus inmediaciones⁴. La muerte del

⁴ Sobre la historia de la Hacienda Nápoles y la suerte corrida por los hipopótamos consultar el capítulo “Nápoles: sueños y pesadillas” del libro *Pablo Escobar, mi padre*, escrito por Juan Pablo Escobar, hijo del narcotraficante, así como el artículo “Sequía enloquece a los animales de Pablo Escobar”: <http://www.latribuna.hn/2015/11/30/sequia-enloquece-a-los-animales-de-pablo-escobar/> [Fecha de consulta: 28 de abril de 2017]. Actualmente, la Hacienda se ha transformado



hipopótamo macho al comienzo de la novela tiene una doble función: en primer lugar es enormemente simbólica (como veremos más adelante) y, en segundo lugar, sirve como detonante de la memoria: “Poco a poco me fui dando cuenta, no sin algo de pasmo, de que la muerte de ese hipopótamo daba por terminado un episodio que en mi vida había comenzado tiempo atrás, más o menos como quien vuelve a su casa para cerrar una puerta que se ha quedado abierta por descuido” (Vásquez, 2011: 15).

La anécdota del hipopótamo muerto lleva al narrador, Antonio Yammara, a internarse en los recovecos de un pasado traumático, inseparable de la vida de un hombre: Ricardo Laverde. Ambos se conocen en los billares del centro de Bogotá, cuando Yammara es un joven profesor de derecho de la Universidad del Rosario y Laverde, un piloto, de vuelta al país, que ha pasado los últimos 19 años recluido en una cárcel de los Estados Unidos. Si bien la única conexión inicial es su gusto por el billar, el destino de los dos hombres se ve ligado de manera indisoluble el día en el que Laverde es asesinado y Yammara, en compañía de este, recibe un disparo casi fatal. Este incidente, que le deja importantes secuelas físicas y psicológicas, termina rompiendo su vida en dos: aunque Laverde es el que muere, la vida de Yammara queda interrumpida. A partir de entonces, empieza a sufrir síntomas de estrés post-traumático que llegan a afectar toda su existencia: desde su relación de pareja, hasta su relación con su familia, sus amigos y conocidos, pasando por su ámbito laboral. El principal de estos síntomas es el miedo: “En mi memoria”, afirma, “los meses que siguieron son una época de grandes miedos y de pequeñas incomodidades” (Vásquez, 2011: 57). Y luego añade:

No sentía nada: estaba distraído: el miedo me distraía. Imaginaba los rostros de los asesinos [...] el estruendo de los disparos y el silbido continuo en mis tímpanos resentidos; la aparición repentina de la sangre. Ni siquiera ahora, mientras escribo, consigo recordar esos detalles sin que el mismo miedo frío se me meta en el cuerpo. El miedo, en el lenguaje fantástico del terapeuta que me atendió después de los primeros problemas, se llamaba estrés postraumático, y según él tenía que ver mucho con la época de bombas que nos había asolado años atrás. (Vásquez, 2011: 58)

en un parque temático donde se pueden encontrar algunos de los animales descendientes de los que llevó Escobar durante los años ochenta.



El médico le diagnostica una disfunción sexual que viene a sumarse a otros síntomas como el miedo, el insomnio, las pesadillas, la apatía general, los ataques incontrolables de llanto (Vásquez, 2011: 58, 59), que conllevan al final al señalamiento de las personas, al aislamiento del protagonista⁵. Yammara tiene todos los síntomas del trauma, definido por Cathy Caruth como “una experiencia abrumadora de un hecho repentino y catastrófico en el que la respuesta a este evento ocurre con frecuencia de manera retardada y se da en la aparición repetitiva e incontrolada de alucinaciones y de otros fenómenos intrusivos (Caruth 1996: 11) (énfasis mío). Como ocurre con Yammara, una persona que sufre de un trauma tiene dificultades para seguir adelante con su vida, ya que, como afirma Judith Herman, “el trauma lo interrumpe reiteradamente. Es como si el tiempo se parara en el momento del trauma” (Herman 1997: 37, mi traducción). Sumado a todo esto, el protagonista tiene dificultades para verbalizar lo que le ocurre, lo cual solo profundiza aún más su indefensión y aislamiento, y termina afectando de manera irreparable su relación con su esposa.

Hay un paralelismo evidente entre Yammara y Laverde: los dos tienen esposa e hija, y a pesar del afecto que los une a ellas, son incapaces de mantener la relación con sus mujeres (uno porque es condenado a años de cárcel y el otro porque es incapaz de superar el trauma tras el tiroteo) y de cuidar a sus hijas. Maya, la única hija de Laverde, crece pensando que su padre está muerto, mientras Yammara, a pesar de su intención sincera de proteger a Aura y a su hija –“Quiero cuidarte, pensé, quiero cuidarlas a ambas, juntos vamos a estar protegidos, juntos no va a pasarnos nada” (Vásquez, 2011: 258)–, no consigue mantener a su familia unida, según deducimos del final de la novela. Laverde, por un lado, habría perdido a su mujer y a su hija al involucrarse en el negocio de las drogas durante la década de los setenta: como piloto, era el encargado de llevar los primeros cargamentos de marihuana y, luego, de

⁵ Frustrada ante la imposibilidad de Yammara de superar el trauma, su esposa se pregunta: “Cómo hacer para no tener miedo, o para tener una dosis razonable de miedo, la que tiene todo el mundo. Cómo se hace para seguir adelante, Antonio” (Vásquez 2011: 67).



cocaína a los Estados Unidos. Los años que pasa en prisión lo habrían alejado de su mujer Elena Fritts y de su hija Maya. Yammara, por otra parte, perderá a su esposa y a su hija al final de la novela, al ser incapaz de tender puentes de diálogo y de convivencia con su mujer tras el trauma del tiroteo.

Así como hay paralelismos evidentes en la vida de estos dos desconocidos, podemos decir que la muerte de Laverde señala también la muerte simbólica del narrador. Cuando se conocen, el primero, de cuarenta y ocho años, dobla casi en edad al segundo, un Yammara demasiado joven e inexperto aún, que no ha tenido ocasión de equivocarse rotunda e irreparablemente como aquel. Laverde funciona como una especie de mentor y oráculo cuyas palabras proféticas solo pueden ser descifradas y entendidas demasiado tarde, cuando ya no sirven de nada:

Usted es muy joven, Yammara [le dice], tan joven que tal vez siga virgen en esto de los errores. No me refiero a haberle puesto los cachos a su noviecita, no es eso [...] Me refiero a los errores de verdad, Yammara, eso es una vaina que usted no conoce todavía. Y mejor. Aproveche [...] uno es feliz hasta que la caga de cierta forma, luego no hay manera de recuperar eso que era uno antes. (Vásquez, 2011: 31).

En efecto, Laverde, que pasa 19 años en prisión, pretende reunirse con su esposa norteamericana y enmendar, así, los errores del pasado, pero no lo consigue: Elena muere en el avión 965 de American Airlines que el 21 de diciembre de 1995 se accidenta cerca de Cali con 150 pasajeros a bordo. Tras el accidente, Laverde se ausenta por unos días del billar en el que juega con Yammara. Cuando reaparece, por fin, al cabo de unas semanas, le pide que lo acompañe a escuchar un casete a la Casa de Poesía Silva, centro cultural ubicado en la casa que perteneciera al poeta colombiano José Asunción Silva. Por simple azar, este día todo cambia para el narrador. Mientras Yammara escucha la lectura del nocturno de Silva, Laverde escucha con sus propios cascos la cinta que lleva consigo. Lo que encuentra allí lo perturba visiblemente. Solo años después, Yammara se enterará del contenido de dicha grabación: la cinta que escuchara Laverde correspondía a la grabación de la caja negra del



avión en el que había perdido la vida su esposa⁶. Afectado, después de escucharla, Laverde se precipita a la calle seguido por Yammara, donde son interceptados por un par de sicarios que disparan contra ellos a bocajarro.

La obsesión del narrador por saber más de la vida del hombre que involuntariamente marca su desgracia, lo conduce a la casa de la hija de este, Maya, de su misma edad, que vive en un pueblo cercano a Bogotá. Entre los dos intentan reconstruir el rompecabezas de la vida del piloto, proceso que no solo los acerca, sino que pone de manifiesto el inmenso abismo que separa al narrador de su mujer. A diferencia de Aura, pareja de Yammara, Maya ha crecido en Bogotá durante los años del terror y ha sobrevivido con sus propias secuelas. Aura, en cambio, no solo es menor, sino que ha estado por fuera del país durante los años más violentos. El factor que la “separa” irremediamente de Yammara es el no haber crecido en la misma Bogotá sangrienta: “La familia de Aura volvió a Bogotá a comienzos de 1994, semanas después de que mataran a Pablo Escobar; ya la década difícil había terminado, y Aura viviría para siempre en la ignorancia de lo que vivimos y escuchamos quienes estuvimos aquí” (Vásquez, 2011: 35). Aura está incapacitada para entender la violencia porque no la ha sufrido en carne propia. Es incapaz de conectar con los miedos de Yammara porque le son desconocidos y, por lo tanto, incomprensibles. Lo poco que sabemos de su relación está permeado por la distancia infranqueable que impone entre los dos el miedo. La disfunción sexual del protagonista a raíz del tiroteo es apenas una metáfora de la incomunicación entre ambos personajes. Una de sus discusiones se produce, por ejemplo, cuando ella llega tarde y descubre que él la estaba esperando: Antonio, le dice, “Bogotá no es una ciudad en guerra. No es que haya balas flotando por ahí, no es que lo mismo nos vaya a pasar a todos” (Vásquez, 2011: 61). Yammara, a su vez, piensa: “Tú no sabes nada, [...] tú creciste en otra parte. No hay terreno común entre los dos, eso quise

⁶ La caja negra del vuelo 965 revela las conversaciones del piloto y copiloto de la nave con la torre de control. El diálogo es especialmente impactante porque, como arrojó posteriormente la investigación, el accidente se debió principalmente a un error humano: se produjo un malentendido entre los pilotos y la torre a causa del nivel de inglés insuficiente de la persona que estaba a cargo en la torre de control.



decirle también, no hay forma de que entiendas, nadie te lo puede explicar, yo no te lo puedo explicar” (Vásquez, 2011: 61).

En el caso de Maya, en cambio, su relación se mueve desde un comienzo en el terreno solidario de los miedos compartidos. Incluso parecen estar conectados por la resonancia de sus nombres: Maya y Yammara. Ambos pertenecen a la misma generación y han crecido en la misma ciudad hostil. Ella ha “escapado” de allí, supone el narrador, que se pregunta:

[C]uánta gente de mi generación habrá hecho lo mismo, escapar, ya no a un pueblito [...] sino a Lima o Buenos Aires, a Nueva York o México, a Miami o Madrid. Colombia produce escapados, eso es verdad, pero algún día me gustaría saber cuántos de ellos nacieron como yo y como Maya a principios de los años setenta, cuántos como Maya o como yo tuvieron una niñez pacífica o protegida o por lo menos imperturbada, cuántos atravesaron la adolescencia y se hicieron temerosamente adultos mientras a su alrededor la ciudad se hundía en el miedo y el ruido de los tiros y las bombas sin que nadie hubiera declarado ninguna guerra convencional... Eso me gustaría saber, cuántos salieron de mi ciudad sintiendo que de una u otra manera se salvaban, y cuántos sintieron que al salvarse traicionaban algo. (Vásquez, 2011: 254-255)

A Maya, por su parte, nadie tiene que explicarle lo que es el miedo, aunque reconoce que le tomó un año reconocerlo a través de sus síntomas:

[Me di cuenta d]e que esa cosa que me daba en el estómago, los mareos de vez en cuando, la irritación, no eran los síntomas típicos del primíparo, sino puro miedo. Y mamá también tenía miedo, claro, tal vez más que yo. Y luego vino lo demás, los otros atentados, las otras bombas. Que si la del DAS con sus cien muertos. Que si la del centro comercial equis con sus quince. Que si la del centro comercial zeta con los que fuera. Una época especial, ¿no? No saber cuándo le va a tocar a uno. Preocuparse si alguien que tenía que llegar no llega. Saber dónde está el teléfono público más cercano para avisar que uno está bien... Vivir así, pendiente de la posibilidad de que se nos hayan muerto los otros, pendientes de tranquilizar a los otros para que no crean que uno está entre los muertos. Vivíamos en casas particulares [...]. Evitábamos los lugares públicos [...] igual para usted no fue así (Vásquez, 2011: 230).

“Fue exactamente así”, contesta el narrador. “Entonces usted me entiende”, dice Maya. “Le entiendo perfectamente”, confirma él (Vásquez, 2011: 230). Así como el miedo no compartido se abre como una zanja entre Yammara y Aura, Maya se mueve en un espacio cálido para el narrador, en el que las explicaciones están de más porque los dos dominan de sobra la gramática del miedo. Su relación es sobretudo platónica, no solo porque la disfunción de



Yammara impide la unión sexual entre ambos, sino también porque el protagonista se da cuenta de que un “pasado común no implica necesariamente un común futuro” (Vásquez, 2011: 242). Si bien en su relación con Aura dominan el silencio y los reproches, con Maya consigue verbalizar el pasado, un paso importante en la recuperación del trauma. Herman ha señalado el papel primordial de las palabras, es decir, la posibilidad y la capacidad de hablar del hecho traumático, sea cual sea su naturaleza, en la sanación de los individuos:

La respuesta normal ante las atrocidades es borrarlas de la conciencia. Ciertas violaciones del contrato social son demasiado terribles para pronunciarlas en voz alta: este es precisamente el significado de la palabra *innombrable*. Las atrocidades, sin embargo, rehúsan ser enterradas. Tan poderoso como el deseo de negarlas es la convicción de que hacerlo no sirve de nada. La sabiduría popular está llena de fantasmas que rehúsan descansar en paz en tanto sus historias no sean contadas. El asesinato saldrá a la luz. Recordar y decir la verdad sobre acontecimientos terribles son prerrequisitos para que haya una restauración del orden social y para la sanación de los individuos” (Herman, 1997: 1, mi traducción)

Así, durante un largo fin de semana, ambos personajes se dedican a recordar y a hablar no solo de Laverde, sino de su propio pasado. Descubren, así, que este es tan próximo que incluso pudieron haber coincidido en su adolescencia, a comienzos de los ochenta, en la Hacienda Nápoles. Simbólicamente, la Hacienda se erige en una especie de jardín de infancia o Edén perdido para ambos. Los dos la habrían visitado en la época en la que todavía era un lugar de ensueño para los niños, más allá de cualquier asociación que pudiera haber entonces entre Pablo Escobar, dueño de la hacienda, y el narcotráfico. Ese lugar, afirma el narrador, “había sido para los dos el símbolo de las mismas cosas” (Vásquez, 2011: 235), una suerte de *locus amoenus* dinamitado, posteriormente, por los acontecimientos violentos que habrían de precipitarse algunos años después. Deciden visitarlo de nuevo, emprendiendo así un regreso que no solo es geográfico, sino también, y por encima de todo, simbólico. En primer lugar, con este regreso al final de la novela se cierra el ciclo abierto en las primeras páginas con la muerte del hipopótamo, anécdota que ha servido de detonante de la memoria. En segundo lugar, si abordamos este aspecto desde el punto de vista del trauma, el regreso constituiría un paso en el proceso de recuperación de los dos personajes. Herman ha señalado que la



recuperación del trauma implica pasar por tres estadios básicos: el primero es el restablecimiento de la seguridad; el segundo, la rememoración y el duelo y, por último, el tercero es la reconexión con la vida ordinaria (Herman 1997: 155). El orden de estos tres estadios no es fijo, y pueden darse circunstancias en las que alguien vaya y venga entre uno y otro, o permanezca en todos a la misma vez, durante mucho tiempo. En este caso, hay una búsqueda y un anhelo de seguridad al volver a un espacio asociado con la misma, un lugar conectado para ambos a la primera adolescencia y a la época en la que aún no se había desatado la violencia estruendosa de los ochenta. Lo que hacen los dos, por otra parte, en este proceso de rememoración y verbalización (de darle nombre a lo que no tiene nombre) y que culmina en el regreso al punto de partida simbólico, la Hacienda Nápoles, hace parte del duelo terapéutico que ambos necesitan pasar⁷. La reconexión con la vida diaria, el último estadio, ocurrirá, posteriormente, con el regreso del protagonista a Bogotá y a la casa vacía donde ya no le aguardan ni su esposa ni su hija⁸.

Durante la visita a la Hacienda, Yammara y Maya recorren, como los pasos de una procesión, las diversas muertes que fueron sumándose una tras otra en el escenario nacional: “¿Dónde estaba cuando mataron a Lara Bonilla?”, pregunta ella (Vásquez, 2011: 227). O cuando mataron a Galán (Vásquez, 2011: 228). O cuando derribaron el avión de American Airlines (Vásquez, 2011: 229). El narrador reflexiona:

La gente de mi generación hace estas cosas: nos preguntamos cómo eran nuestras vidas al momento de aquellos sucesos, casi todos ocurridos durante los años ochenta, que las definieron o las desviaron sin que pudiéramos siquiera darnos cuenta de lo que nos estaba sucediendo. Siempre he creído que así, comprobando que no estamos solos, neutralizamos las consecuencias de haber

⁷ Son pertinentes aquí, de nuevo, las palabras del narrador en las primeras páginas: “Poco a poco me fui dando cuenta, no sin algo de pasmo, de que la muerte de ese hipopótamo daba por terminado un episodio que en mi vida había comenzado tiempo atrás, más o menos como quien vuelve a su casa para cerrar una puerta que se ha quedado abierta por descuido” (Vásquez, 2011: 15).

⁸ Cumpliéndose, así, irónicamente, el mayor temor del narrador que se resume en esta última pregunta que se hace a sí mismo sobre qué hacer con Aura, recuperarla o no: “¿O trataría de convencerla, de sostener que juntos nos defenderíamos mejor del mal del mundo, o que el mundo es un lugar demasiado riesgoso para andar por ahí, solos, sin alguien que nos espere en casa, que se preocupe cuando no llegamos y pueda salir a buscarnos?” (Vásquez, 2011: 259).



crecido durante esa década, o paliamos la sensación de vulnerabilidad que siempre nos ha acompañado (Vásquez, 2011: 227).

Este recorrido de la memoria por los distintos crímenes que marcaron una década de sangre es muy semejante al que emprende el narrador al comienzo de la novela, cuando la imagen del hipopótamo muerto lo lleva al recuerdo de Laverde y de los días en los que lo conoció. El recorrido casi ritual, al comienzo y al final de la novela, por fechas y acontecimientos emblemáticos de la historia reciente de Colombia sugiere una idea de circularidad, un ciclo que se abre en las primeras páginas y que se cierra en las últimas, al final de su viaje a través de la memoria:

Por esos días mi ciudad comenzaba a desprenderse de los años más violentos de su historia reciente... [E]sos crímenes (magnicidios los llamaba la prensa [...]) habían vertebrado mi vida o la puntuaban como las visitas impredecibles de un pariente lejano. Yo tenía catorce años esa tarde de 1984 en que Pablo Escobar mató o mandó matar a su perseguidor más ilustre, el ministro de Justicia Rodrigo Lara Bonilla [...]. Tenía dieciséis cuando Escobar mató o mandó matar a Guillermo Cano, director de El Espectador [...]. Tenía diecinueve y ya era un adulto [...] cuando murió Luis Carlos Galán, candidato a la presidencia del país [...] Y poco después fue lo del avión de Avianca, un Boeing 727-21 que Escobar hizo estallar en el aire [...] para matar a un político que ni siquiera estaba en él (Vásquez, 2011: 18- 19).

Por momentos, da la impresión de que el piloto, Laverde, es el enigma en torno del cual gira la novela, la necesidad que tienen Maya y Yammara de conocer la verdad sobre su padre y sobre el hombre que les cambió la vida. Sin embargo, no lo es. Laverde es apenas un pretexto. El verdadero enigma por resolver es el presente, el presente personal y colectivo de dos personajes que representan una misma generación que creció en Colombia durante los mismos años funestos. Pero entender el presente, en su caso, pasa de algún modo por entender las circunstancias de la vida y de la muerte de Laverde, y pasa por entender todo lo que se perdió y se ganó en la turbulencia de una década tan sangrienta como la de los ochenta. Su memoria de las bombas, de los asesinatos, de los muertos conocidos y los no tan conocidos es la memoria de parte de una generación que, prisionera aún de sus fantasmas, sigue clavada al pasado por el aguijón de sus miedos. Al igual que los dos protagonistas de su novela, Vásquez reconoce estar marcado por el hecho de haber crecido durante



esta época: esta novela, explica, “explota mis memorias privadas, mis recuerdos de lo que fue crecer en la Bogotá de los años ochenta y noventa, que estaba marcada por el narcoterrorismo”. Y añade: “Crecer con las bombas, crecer con los ‘magnicidios’ [...] crecer con esa especie de contaminación a la que nos sometió el fenómeno del narcotráfico, marcó mi vida y la de toda una generación en Colombia” (Maeseneer, 2013: 211).

Yammara y Maya, en su regreso al pasado, encuentran una Hacienda Nápoles en ruinas, una especie de museo desvencijado de la memoria. “Pasar por debajo de esa avioneta, leer la matrícula inscrita en la parte inferior de las alas, fue como entrar en un mundo sin tiempo. Y sin embargo, el tiempo estaba presente”, dice el protagonista (Vásquez, 2011: 233). De la mansión opulenta poco queda ya. Los dinosaurios gigantescos de tamaño natural, contruidos para entretenimiento de los niños, se caen a pedazos. Y de las más de dos mil especies de animales que alguna vez hicieron parte del zoológico, solo queda algún superviviente. El más importante, el hipopótamo por su enorme valor simbólico. Aníbal González señala con acierto el paralelismo entre este animal acosado y cazado al comienzo de la novela, y el propio Pablo Escobar, exhibido como un trofeo en la truculenta foto que circuló en varios medios cuando la policía, a su vez, le dio caza (González, 2016: 471). Pero los paralelismos no se quedan solo allí. Este hipopótamo abatido, cuya pareja y cuya cría se dan también a la fuga después de la muerte del macho, es símbolo también de la suerte que corren Laverde (animal cazado) y Yammara (animal herido), ambos separados de sus crías.

La novela de Vásquez es una reflexión sobre los errores del pasado y todo aquello que es irrecuperable. Es la reflexión sobre ese punto de inflexión a partir del cual somos otros y ya nada vuelve a ser lo que es. “[L]o que importa no es cagarla, Yammara”, dice Laverde, “sino saber remediar la cagada. Aunque haya pasado tiempo, los años que sean, nunca es tarde para remediar lo que uno ha roto” (Vásquez, 2011: 31). Sin embargo, en su caso es tarde, como lo es, también, para los pilotos del avión American Airlines en el que viaja su esposa Elena. La grabación que escucha Laverde en la sala de la Casa de Poesía Silva recoge ese momento en el que los pilotos cometen el error fatal, ese del que no



hay vuelta atrás: “¿Adónde vamos?”, dice el piloto. “Gira a la derecha. Vamos a Cali. Aquí la cagamos, ¿no?”, ‘Sí.’ ‘¿Cómo llegamos a cagarla así? ¿A la derecha ahora mismo, a la derecha ahora mismo’”, dice el piloto al darse cuenta del error (Vásquez, 2011: 82). “Arriba, arriba, arriba” grita antes de estrellarse contra el cerro (Vásquez, 2011: 83)⁹.

Si bien hay una búsqueda individual por parte de unos personajes que intentan comprender el sino trágico de sus vidas, hay una reflexión de fondo que rebasa el plano individual y que se interroga sobre los orígenes de una violencia que sigue CONVULSIONANDO al país; hay una reflexión sobre ese momento, si lo hubo, en el que la ‘cagamos’ como sociedad (para decirlo en palabras de Laverde), o en el que “se jodió Colombia”, para usar las mismas palabras de Plinio Apuleyo Mendoza en su famoso ensayo, *En qué momento se jodió Colombia* (Mendoza, 1990), donde reflexiona sobre los acontecimientos que nos llevaron a ser lo que fuimos y lo que aún somos. El ruido del avión al hacerse añicos, ese ruido que queda grabado en la memoria de la caja negra, o lo que es lo mismo, “el ruido de las vidas que se extinguen pero también el de los materiales que se rompen [...] el ruido de las cosas al caer desde la altura” (Vásquez, 2011: 6), es también el ruido de las vidas de Laverde y de Yammara cayendo tras el colapso, el ruido de Colombia precipitándose al vacío, el no hay vuelta atrás de un país, de una sociedad que aún intenta arribar a tierra firme sin conseguirlo.

La novela de Juan Gabriel Vásquez, así, es una reflexión poderosa sobre el impacto del narcotráfico en la sociedad colombiana, sobre la memoria del pasado y el miedo, sobre las cicatrices de la violencia en toda una generación. Si bien la historia se vertebra sobre la experiencia individual de los dos protagonistas, Yammara y Laverde, su reflexión rebasa el plano individual y se proyecta sobre una sociedad en conjunto que aún sufre las esquirlas del miedo

⁹ Efectivamente, en las investigaciones posteriores quedó demostrado que el accidente del vuelo 965 de American Airlines se debió a una “cadena de errores” humanos y técnicos, entre ellos, un malentendido entre los pilotos del avión y la torre de control. Para más información sobre este accidente consultar: “Vuelo 965, memorias de un vuelo que nunca llegó a su destino”, publicado en el diario *El país* de Cali al cumplirse 20 años del suceso: <http://www.elpais.com.co/especiales/accidente-vuelo-965/> [Fecha de consulta: 28 de abril de 2017].



y que no acaba de entender su propio presente, quizás porque, como dice el narrador, “[S]omos pésimos jueces del momento presente, tal vez porque el presente no existe en realidad: todo es recuerdo” (Vásquez, 2011: 23).

BIBLIOGRAFÍA

- ADRIAENSEN, Brigitte; KUNZ, Marco (2016). *Narcoficciones en México y Colombia*. Madrid: Iberoamericana Vervuert.
- BOLÍVAR, Gustavo (2006). *Sin Tetas no hay paraíso*. Barcelona: RBA.
- CARUTH, Cathy (1996). *Unclaimed Experience: Trauma, Narrative, and History*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- DE MAESENEER, Rita (2013). “Un fósforo en la oscuridad. Conversación con Juan Gabriel Vásquez”, *Confluencia*, vol. 28, n.º 2, pp. 209-216
- ESCOBAR, Juan Pablo (2014). *Pablo Escobar, mi padre. Radiografía íntima del narco más famoso de todos los tiempos*. Bogotá: Planeta.
- FERNÁNDEZ LUNA, Paola (2013). “El ruido de las cosas al caer: la conciencia histórica como respuesta a la estética de la narco novela en Colombia”, *La palabra*, n.º 22, pp. 29-39. <https://doi.org/10.19053/01218530.2015>
- FRANCO, Jorge (1999). *Rosario Tijeras*. Bogotá: Plaza & Janés.
- GAC-ARTIGAS, Priscilla (2015). “El ruido de las cosas al caer o la reconstrucción de una era”, *Revista de la Academia Norteamericana de la Lengua Española* (2015), IV, 7, pp. 165-180.
- GONZÁLEZ, Aníbal (2016). “Entrando en materia: novela, poesía y cultura material en *El ruido de las cosas al caer*”, *Cuadernos de literatura*, vol. 20, n.º 40, pp. 465-477. <http://dx.doi.org/10.11144/Javeriana.cl20-40.emnp>
- HERMAN, Judith (1997). *Trauma and Recovery: The Aftermath of Violence - From Domestic Abuse to Political Terror*. New York, Basic Books.
- MENDOZA, Plinio Apuleyo (1990). *En qué momento se jodió Colombia*. Bogotá: Oveja Negra.
- MONTT, Nahum (2004). *El Eskimal y la mariposa*. Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá.
- PÉREZ SEPÚLVEDA, Andrés (2013). “La caída del semblante: violencia política y social en *Abril rojo* de Santiago Rocangliolo y *El ruido de las cosas al caer* de Juan Gabriel Vásquez”, *Mundo nuevo*, n.º 12, pp. 49-67.
- PORRAS, José Libardo (2008). *Happy birthday, Capo*. Bogotá: Planeta.
- RESTREPO, Laura (2004). *Delirio*. Bogotá: Alfaguara.
- RESTREPO, Laura [1993] (2001). *Leopardo al sol*. Barcelona: Anagrama.
- (s.a.) (2015). “Sequía ‘enloquece’ a animales de Pablo Escobar”, en <http://www.latribuna.hn/2015/11/30/sequia-enloquece-a-los-animales-de-pablo-escobar/> [Fecha de consulta: 28 de abril de 2017].
- (s.a.) (2015). “Vuelo 965, memorias de un vuelo que nunca llegó a su destino”, en <http://www.elpais.com.co/especiales/accidente-vuelo-965/> [Fecha de consulta: 28 de abril de 2017].
- VALLEJO, Fernando (1994). *La virgen de los sicarios*. Bogotá: Alfaguara.



- VÁSQUEZ, Juan Gabriel (2015). *La forma de las ruinas*. Bogotá: Alfaguara.
- VÁSQUEZ, Juan Gabriel (2013). *Las reputaciones*. Bogotá: Alfaguara.
- VÁSQUEZ, Juan Gabriel (2011). *El ruido de las cosas al caer*. Madrid: Alfaguara.
- VÁSQUEZ, Juan Gabriel (2004). *Los informantes*. Madrid: Alfaguara.
- VÁSQUEZ, Juan Gabriel (2001). *Los amantes de todos los santos*. Bogotá: Alfaguara.

Fecha de recepción: 28 de abril de 2017

Fecha de aceptación: 24 de julio de 2017